

mo; aquellos para quienes la expresión de una voluntad histórica ('lo que los comunistas quieren para Francia') roza más o menos con el idealismo. Algo ingenuas para unos, tópicas para otros, podrían ser sospechosas de un tributo pagado a la ideología dominante". Según el teórico, lejos de estar inspiradas por la ideología dominante, estas discutidas resoluciones son justamente lo contrario de tal ideología.

El "humanismo científico" es

un nuevo concepto que se añade al marxismo y que puede tener grandes repercusiones dentro de esta reconstrucción ideológica que se está realizando en Francia y en todos los partidos comunistas occidentales: forman así parte de una respuesta mesurada al comunismo de la Unión Soviética y del reproche continuamente mantenido por los occidentales de que la estructura soviética no tiene en cuenta la felicidad del hombre en la etapa actual.

MUJER

La "carta austríaca"

Al comenzar el año ha adquirido vigencia en Austria una colección de documentos legislativos que podrían considerarse como una "carta austríaca" en favor de las reivindicaciones de la mujer con respecto al hombre dentro de la sociedad. Los austríacos consideran que es la legislación de tipo más avanzado de todas las del mundo con respecto a la familia. La base ideológica principal es la de la igualdad absoluta de los sexos y la de que la familia está fundada por la libre voluntad de dos personas que deciden recíprocamente vivir en compañía, pero

respetando la existencia individual de cada uno.

Los cinco puntos esenciales de la "carta austríaca" son éstos:

1. El marido deja de dar su nombre a la mujer. La mujer puede conservar su nombre de soltera, aunque no pueda transmitirse a los hijos dicho nombre. Más adelante —el 1 de enero del año próximo—, la ley autorizará a que el matrimonio pueda elegir entre el apellido de la mujer o el del marido, que será transmisible a los hijos.

2. La esposa no tiene obligación de seguir al marido en el

caso de que éste cambie de lugar de domicilio. La necesidad de dicho cambio habrá de justificarse documentalmente, y solamente esta justificación real obligará a la esposa a aceptar el cambio de domicilio, a menos que tenga razones igualmente justificadas para no cambiar.

3. La gerencia del hogar y sus gastos recaen por igual sobre los dos cónyuges. Pero si la esposa se dedica al hogar exclusivamente, debe recibir un sueldo del esposo que trabaja fuera de él. Esta disposición es reversible: si es el hombre el que trabaja en el hogar y la mujer gana el dinero, será la mujer quien abone el sueldo al marido por sus tareas domésticas.

4. Si los dos esposos trabajan fuera del hogar, a los dos corresponde el cuidado de dicho

hogar. La colaboración se hará en función de las condiciones personales, de la capacidad y de la ocupación profesional de cada uno". Cuando sólo uno de los dos trabaje fuera de la casa, el otro, sea hombre o mujer, estará obligado a hacer las tareas domésticas (siempre retribuido por el otro).

5. Los esposos están obligados a ayudarse mutuamente en la adquisición de beneficios de trabajo. Es decir, si hasta ahora las mujeres debían sacrificarse por el éxito profesional del esposo, ahora puede recurrir lo contrario, y un esposo tendrá obligación de sacrificarse al éxito profesional de su mujer si ésta tiene mayores obligaciones profesionales. La noción de ayuda mutua es muy insistente en esta nueva legislación. ■

EL VIAJE DE AREILZA

Europa es necesaria, pero...

Durante la pasada semana, las graves dificultades políticas en que se ha encontrado el Gobierno como consecuencia de la movilización laboral, han sido en cierta medida paliadas, o al menos esa ha sido la intención de la propaganda oficial, por el aparente éxito diplomático que ha constituido el viaje del ministro de Asuntos Exteriores a la Europa del Mercado Común. Y aunque sea todavía pronto para determinar los resultados de su visita, está claro que no van a superar en mucho la definición que el propio señor Areilza ha hecho de la misma: ha sido una primera toma de contacto en un ambiente cordial de análisis de los problemas pendientes.

Pero es precisamente del análisis de dichos problemas de donde se desprende la enorme dificultad que existe para acercarse auténticamente a Europa, desde la actual situación política española; porque no se puede olvidar que nuestras conversaciones con el Mercado Común en torno a la renovación del Acuerdo Comercial de 1970, están paralizadas desde septiembre de 1975, a iniciativa de la Comunidad y como respuesta a las ejecuciones de militantes de ETA y

FRAP. Y esa situación no ha cambiado lo más mínimo.

Del otro lado de la barrera, las voces que exigen una pronta integración en la Comunidad Económica Europea, como una medida imprescindible para salir de la crisis actual, son más fuertes que nunca. El ejemplo de lo ocurrido en las jornadas sobre Exportación celebradas hace algunos días bajo la organización de la APD es ilustrador en este sentido: partiendo de un análisis de los problemas de nuestro comercio exterior y de la necesidad urgente de exportar, ni uno solo de los empresarios que han intervenido —desde el señor Olarra hasta el señor Caprile, pasando por los representantes, al máximo nivel, de todos los sectores económicos— ha dejado de señalar, como colofón de sus intervenciones, lo imperioso de la integración.

Para estos empresarios, exportar es la clave para resolver los problemas de sus empresas. Y en la actual situación del mercado internacional no cabe pensar en aumentar las exportaciones sin estar integrados en centros de decisión supranacionales. Y de la misma importancia que para las empresas tiene



la exportación, puede aplicarse a la economía nacional: el equilibrio exterior, la reducción del déficit comercial y de la balanza pagos, sólo va a poder lograrse aumentando nuestras ventas en el exterior.

¿Qué ha hecho el Gobierno para avanzar en este proceso? Como si considerara que la exportación es un tema en el que únicamente intervienen la capa-

es buena prueba de ello. No ha faltado, sin embargo, quien señale que esta política de fomento a la exportación —y en los últimos tiempos también de cierta restricción de las importaciones— lleve consigo, a pesar de su escasa incidencia, graves peligros: el que esa falta de respeto, a pequeñas dosis, a las leyes del comercio internacional, provoque réplicas serias por



cidad de los empresarios y su habilidad comercial y las medidas técnicas auxiliares de la política económica, ha prodigado, desde hace casi dos años, junto con declaraciones de principios sobre la necesidad de vender en el exterior, una innumerable serie de actuaciones parciales que podrían ser positivas si partieran de una solución de los problemas de fondo.

Lo acordado en el Consejo de Ministros del 17 de noviembre

parte de los países afectados. Y en el caso de que eso se produjera, lo cual no es descartable si seguimos insistiendo en esa línea, tendríamos, una vez más, que callarnos, sin posibilidad alguna de defensa.

Los americanos nos discriminan

Por si fuera poco, y para agravar esa incapacidad de solucionar los problemas de

Los
CoNteM
poRa
ñEoS

PARAR A ARTURO UI

La lección de Bertolt Brecht —impartida ahora en el teatro Lara, de Madrid, por Camilo José Cela y José Luis Gómez— es práctica y sencilla: hay que parar a Arturo Ui antes de que siga ascendiendo. Su ascensión es resistible.

El problema que se plantea es el del identificar a Arturo Ui. ¿Quién, de todos estos personajes ávidos y sin escrúpulos que pululan por el horizonte nacional va a ser, está siendo ya, Arturo Ui? Los que tienen su gabardina, su borsalino y su pistola importan ahora muy poco. Son residuos, son vestigios. Ya dice el joven demócrata Licinio de la Fuente, en "Pueblo", que lo del "bunker" es una tontería de la que él nunca hizo caso. Tan indiferente apareció al "bunker" en sus años de Gobierno, que los menos avisados de la nación creyeron que él mismo era uno de sus habitantes. Descansemos. Cuando vuelva a ser ministro, será demócrata (él supone que, siendo demócrata, será ministro otra vez, si es que nos permite interpretar sus pensamientos).

El peligro está en que sigamos creyendo que el "bunker" sigue estando formado por matones de porra y esquina. Esos son el "lumpen" del fascismo. No saldrá de entre ellos el nuevo Arturo Ui. O si ha salido de entre ellos, ya ha cambiado de traje. Benito Mussolini no siguió la marcha sobre Roma con la camisa negra y las botas altas de sus squadristas, viejos reyes de la porra —"il manganello"— y el aceite de ricino: fue en coche-cama de Milán a Roma, con chaqué y sombrero de copa, para que el Rey le invistiera con el título de jefe del Gobierno.

Cuidado con el chaqué y el sombrero de copa. Arturo Ui se ha disfrazado. Arturo Ui está iniciando su desde luego resistible ascensión vestido de impecable caballero cortesano. Hay personas que dicen la palabra "democracia" con un tono tan autoritario y un acento tan siniestro que se le ponen a uno los pelos de punta. Hay personas que hablan de libertad, partidos políticos y sufragio universal con una desfachatez tal que dan pavor.

El fascismo ya no es porra, aceite de ricino y campo de concentración por una razón muy sencilla y muy fácil: porque no lo necesita. Cuando los necesitó, los empleó sin escrúpulos. Sólo los más bestias de entre ellos siguen, como poco inteligentes que son, empeñados en continuar sus amenazas y vestir sus disfraces. El fascismo volverá a utilizar toda su panoplia en cuanto le parezca necesario. Volverá a contratar a los matones de esquina con la sonrisa en los labios. Muchos de los demócratas de hoy son sus contratantes de hace muy poco.

Arturo Ui asciende hoy por caminos distintos. Hace muy poco lo intentaba con la cartera y la corbata del ejecutivo joven; ahora busca el chaqué y el sombrero de copa del cortesano inteligente. Es bien recibido por los grandes demócratas occidentales, que tienen oculto su personaje de Arturo Ui dentro de su chaqueta cruzada y de su sonrisa reformista.

¿Qué vamos a hacer con nuestros Ui nacionales? Resistirles, obligarles a que en realidad sean lo que dicen ser, a que bailen la canción que cantan. Apenas nos debe importar gran cosa que estén traicionando sus imágenes de juventud: ese es un problema de ellos y no nuestro. Un problema despreciable. Lo que importa es que lleguen a ser lo que necesitamos que sean. Dejémosles su migaja de poder, su ansiedad infinita. Pero no les permitamos ni un solo paso atrás. Arturo Ui camina siempre hacia atrás. ■

POZUELO

base de nuestra balanza comercial, los americanos nos dejan al margen del régimen de preferencias arancelarias que han concedido a numerosos países del mundo, nuestros tradicionales amigos en el ámbito de la diplomacia y de la estrategia internacional, una vez más, nos dan la de arena en materia comercial. Aduciendo nuestras relaciones con la Comunidad Económica Europea —triste paradoja— y el que, además, no seamos un país subdesarrollado —lo cual nos daría derecho a beneficiarnos de ellas—, se nos niegan las preferencias arancelarias, al tiempo que se conceden a Turquía —que tiene un acuerdo de asociación con el Mercado Común— y a Israel que ha establecido una zona de libre cambio con la Comunidad—.

“Recapacitando” su postura, los Estados Unidos —a los que compramos por valor de más 1.900 millones de dólares anuales y al que vendemos tan sólo 900— nos propone, a cambios de la concesión de preferencias arancelarias para 62 productos —principalmente de la industria química, de plásticos y maquinaria, es decir, lo que menos le vendemos— que rebajemos nuestros aranceles para esos mismos productos —que son los que más compramos— hasta casi los mismos niveles de que goza la Comunidad Europea en

virtud del Acuerdo Comercial. Y mientras tanto, nuestros principales productos de exportación a los USA —calzado, uvas de mesa y vinos— son abiertamente discriminados en los mercados americanos.

De ignominiosa se podría calificar la propuesta. Y una vez más, o lo tomamos o lo dejamos, con el agravante de que no podemos desviar hacia la Comunidad la solución del problema.

Solos e indefensos

En esta línea de indefensión en los mercados exteriores se encuadran los peligros que pueden derivarse de nuestro impresionante endeudamiento exterior —cifrado en 8.700 millones de dólares, casi 3.000 por encima del total de nuestras reservas, por el ministro de Hacienda en su discurso ante las Cortes—. En efecto, el alejamiento de los centros de decisión de la Comunidad Económica Europea, cuyos miembros también practican esta política, pero con la salvaguardia de sentirse respaldados, nos deja en las peligrosísimas manos de los operadores de los mercados internacionales de dinero.

Y tampoco se puede olvidar la situación de la peseta, flotando en revaluación por seguir la marcha del dólar, agravando así las dificultades de nuestros exportadores al continente,

hacia donde se dirige más de la mitad de lo que vendemos en total al exterior. ¿Por qué seguimos unidos al dólar si exportamos fundamentalmente a Europa? Porque, como tantas veces se ha señalado, la vinculación a una moneda, o a un grupo de monedas, no es una medida aislada de una vinculación estrecha a ese país o a ese grupo de países.

De índole similar es el problema que se plantea en relación con las variaciones de los tipos de interés, que juegan un papel en el comercio. Y a este respecto, en estos momentos ocurre lo siguiente en el plano internacional: mientras los europeos los están moviendo a la baja con fines reactivadores de sus economías, los americanos, tanto por objetivos electorales —la inflación que genera un descenso de los tipos no es buen cartel para las “presidenciales”— como comerciales, en su enfrentamiento con Europa en este terreno, los están manteniendo al alza. España, en medio, y sin otra posibilidad, ha optado por no variar sus tipos en los últimos dieciocho meses, caso único en los países industrializados.

Europa, única solución

En la fluida y tensa situación económica internacional, todas estas indecisiones, contradicciones y actuaciones contrarias a

nuestros intereses, no hace sino agravar la situación de la economía española. Hay que decidir firmemente nuestra adscripción a una de las opciones. Y no cabe la menor duda de que lo único que nos interesa es Europa. Y de que, como nación y potencia económica, interesamos a los europeos. Nuestra situación estratégica, el papel que podemos jugar en medio de las tensiones comunitarias y, en último extremo, el sustraernos a la influencia americana, son nuestras bazas. Y son las que explican el interés demostrado por los europeos hacia nuestra situación.

Sin embargo, y a pesar de la urgencia del tema —tanto para España como para Europa—, el paso de la integración no va a poder darse mientras no tengamos un sistema democrático pluralista auténtico, homologable con los europeos. Las palabras pronunciadas por el vicepresidente del Parlamento Europeo el pasado jueves en Madrid y la conocida postura de la mayoría de los miembros de la Comunidad a este respecto, no admiten dudas, con todo el dolor de Francia y Alemania Federal.

Esta es probablemente una de las constataciones del señor Areiza en su reciente viaje. Y de poco van a valer, para cambiarlas, los nuevos planes que trace el Gobierno para mejorar la situación de nuestro sector exterior. ■ CARLOS ELORDI

CUESTIONES PERIFERICAS

Fragatowsky

● Una revista de humor quiso futurizar a Fraga en 1974 y le bautizó como Fragamanlis, en la evidencia de que la derecha española iba a necesitar un Karamanlis más tarde o más temprano o algo muy parecido a Karamanlis. Fraga no ha querido asumir directamente ese papel, convencido de que aún quedaba cabalgada a lomos del burro de la reforma y que no había garantías para el avance del elefante de la ruptura. Con la aceptación de la cartera de Gobernación, Fragamanlis se convertía Fragatowsky, para seguir con la broma de los

jumellages y llegar al París de Poniatowski sin hacer escala en la Atenas de Karamanlis. Fraga tiene muchos puntos en común con Paniatowsky. Puntos caracterológicos, se entiende, y probablemente ideológicos y teóricos. Pero así como Poniatowsky ha recibido su soberanía de las urnas, Fraga la ha recibido por vía digital y eso sigue dando excepcionalidad, desasosiego en suma, a cualquier profesional político lo suficientemente inteligente como para saber que sólo el río de la legitimidad popular puede hacer históricamente invulnerable a un político.

